



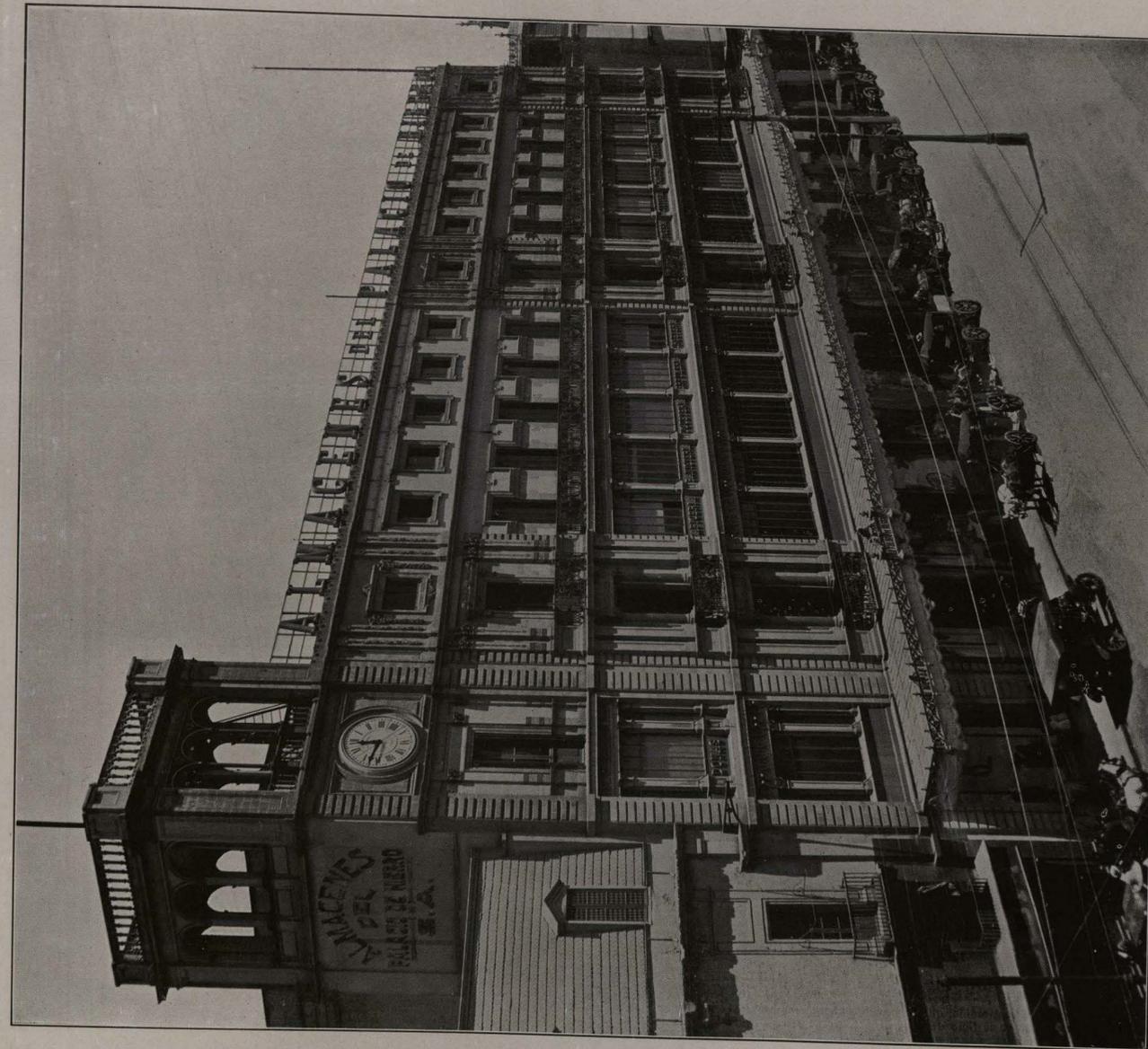
ALAMEDA DE MÉXICO.

Hay en la gran glorieta central de este parque una fuente magnífica, con un bello surtidor de piedra y bronce al centro. La ciudad de México, asentada en un valle abundantísimo en linfas purísimas, sobre un subsuelo en el que, á poco de explorar, salta dondequiera el agua cristalina y bulliciosa, tiene oportunidad de poseer jardines magníficos y combinar preciosos surtidores donde la fantasía de arquitectos y escultores venga á aprovechar la abundancia del líquido, precioso elemento.

Así lo han comprendido los munícipes de la ciudad, y quizá algún día poseeremos preciosidades de esta clase que se parezcan algo á las que se admiran en los jardines versallescos ó en los parques de Fontainebleau. No faltan, sin embargo, en la Alameda de México, además de la central que ya mencionamos y que llama la atención por sus dimensiones y su artístico borde de piedra, recortado en ángulos, no faltan en las diversas glorietas fuentes bastante hermosas. Entre otras debemos mencionar la de la glorieta del ángulo SE., en la cual se encuentra una preciosa estatua de bronce que representa una Venus y un amorcillo, surgiendo del seno de las aguas. Un Júpiter majestuoso se destaca en el centro de otra de las fuentes, y no era posible que el dios de las aguas, el viejo Neptuno, dejase de reinar en su elemento; también su estatua de bronce decora una de las principales fuentes del parque.

Los chopos, los álamos, los fresnos y otros árboles de todas clases, han llegado á entremezclarse, al cabo de tantos años, sus ramas á gran altura por encima de las calzadas enarenadas, que dan paso á los que buscan la soledad y la penumbra. Esta grata sombra, unida á la fresca del agua que corre sin cesar, al verdor alegre de los prados y los bien cultivados cameliones esmaltados de dalias, rosas y azucenas, hacen de la Alameda, en el pleno corazón de la metrópoli, un lugar de recreo y esparcimiento del espíritu, á la vez que solaz de los sentidos.

Los chopos, los álamos, los fresnos y otros árboles de todas clases, han llegado á entremezclarse, al cabo de tantos años, sus ramas á gran altura por encima de las calzadas enarenadas, que dan paso á los que buscan la soledad y la penumbra. Esta grata sombra, unida á la fresca del agua que corre sin cesar, al verdor alegre de los prados y los bien cultivados cameliones esmaltados de dalias, rosas y azucenas, hacen de la Alameda, en el pleno corazón de la metrópoli, un lugar de recreo y esparcimiento del espíritu, á la vez que solaz de los sentidos.



EDIFICIO DEL PALACIO DE HIERRO, MÉXICO.

En este magnífico edificio, una mezcla feliz de la piedra, y del hierro, que sin economizarse en lo más mínimo se pusieron á contribución, unidos al arte y conocimientos modernos del arquitecto, en la construcción de uno de los mejores edificios modernos de México. Todo en este magno establecimiento está destinado á un fin comercial concreto, y la distribución del edificio es la que mejor puede responder á los fines de la negociación. Sin las pretensiones de esplendor de otras casas comerciales de la capital, es en realidad más bella por ser más armónica y proporcionada, y más vasta á la vez.

Está situado en el mismo centro de la ciudad: fué construido en los años de 1900-1901, época en que la antigua firma J. Tron y Cía. se conver-

tía en una sociedad anónima con un capital de cuatro millones de pesos. Regido con acierto por un Consejo de Administración presidido por D. Enrique Tron, uno de los miembros más conspicuos de la colonia francesa de México, ha llegado á ocupar uno de los puestos más importantes en el comercio de ropa, muebles, novedades de sastrería, etc.

Es sensible que la falta de espacio no permita publicar fotografías de sus talleres y de su amplio edificio anexo, recientemente construido conforme al sistema de cemento armado. Está destinado exclusivamente al departamento de mueblería. Los talleres son de los más importantes que hay en México; ocupan una superficie de veinte mil metros cuadrados y emplean en sus diferentes secciones más de mil obreros de ambos sexos.



ESCUELA S. DE COMERCIO Y ADMINISTRACIÓN. MÉXICO.

Desde el año de 1868 se fundó esta Institución, que por muchos años ocupó un local en el sitio donde ahora se encuentran el nuevo edificio de Correos y el gran Teatro Nacional. Con el fin de perfeccionar su enseñanza y modernizar sus métodos en todos sentidos, se trasladó la escuela al sitio que hoy ocupa el edificio que ilustra estas páginas. Hállase, ahora, en uno de los barrios más higiénicos y hermosos de la población, cerca de la importante avenida de Bucareli, y en la plaza donde se encuentra el Museo de Artillería. La modernización de los métodos de esta Institución, débese, en primer lugar, á su director actual, hombre de negocios, banquero y eminente jurisconsulto, que ha querido que la escuela prepare en forma verdaderamente práctica y eficaz á los alumnos que han de lanzar sus actividades por el campo del comercio y de la industria, tan importantes ahora en el desarrollo del país. Dicho director es el Lic. Joaquín D. Casasús.

Además de la instrucción comercial general y materias relacionadas, se estudian en

este plantel las carreras de Contador de Comercio, Perito, empleado de la Administración Pública, aspirante á la carrera consular, mecanógrafo, taquígrafo, etc. El personal que enseña todas estas materias es de lo más competente. En 1909 la inscripción de alumnos alcanzó la cifra de 745, y cada día aumenta el auge del plantel.

De estos alumnos, 138 pertenecieron al sexo débil, distinguiéndose notablemente. 65 profesores y empleados dirigen la enseñanza, que es enteramente gratuita; los idiomas son atendidos magníficamente.

El presupuesto de la escuela en 1909 importó la suma de \$82,378.25. El nuevo edificio no tiene lujos de ninguna clase, pero es cómodo y amplio; posee buenas salas de cátedra y está dotado de una excelente biblioteca. Los alumnos publican un periódico mensual de mucho interés. Han sido directores los señores Ing. Fuentes Muñiz, que fundó la escuela; D. Bernardino del Raso; el Lic. A. Chavero, y hoy día, el Sr. Lic. Casasús.



CALLE DE SAN JUAN DE LETRÁN. MÉXICO.

Arteria importante del comercio de México. Antiguamente llegaba á los términos de esta calle el famoso convento de San Francisco, cuya iglesia mira ahora á la avenida del mismo nombre, ostentando no vulgar fachada churrigueresca, y un atrio de regular extensión. En San Juan de Letrán se encuentra la aristocrática iglesia de Santa Brígida, templo escogido por la buena sociedad mexicana para la celebración de las nupcias. Cada vez que tiene efecto una boda suntuosa, la iglesia se engalana, aunque no es muy grande el partido que se puede sacar de su vulgarísima fachada, revestida de cal. Lado á lado de este edificio, hállase un establecimiento de jesuitas.

A la segunda de San Juan de Letrán, sigue inmediatamente la antigua iglesia del Hospital Real, convertida ahora en capilla protestante. Fué esta iglesia, antigua dependen-

cia de la Institución mencionada, la cual data de la época de los virreyes y tuvo por objeto la curación de los indígenas pobres.

Hállóse á cargo de monjes. Es dato curioso de este hospital, la circunstancia de que sus rentas las obtenía del primer teatro que hubo en la ciudad de México, el antiguo Coliseo, cuyo frente daba á lo que ahora es fondo del Teatro Principal, en el callejón del Espíritu Santo.

San Juan de Letrán tuvo un Colegio famoso, donde, entre hombres de gran mérito, se educó el preclaro estadista, Presidente de la República, Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada. En la actualidad, esta calle es asiento de instituciones bancarias, hoteles y toda clase de establecimientos modernos.



CASINO ESPAÑOL. MÉXICO.

La Colonia Española de la ciudad de México, por el número, la influencia y la importancia financiera de sus miembros, es una de las primeras que contribuyen con su laboriosidad al progreso general. Dados los antecedentes históricos de México, natural era que, realizada la autonomía de la nación, los españoles continuaran constituyendo el grupo extranjero más numeroso, acomodado y distinguido. Toda diferencia suscitada por el recuerdo de la gloriosa guerra de independencia, ha desaparecido por completo; reina la mejor armonía entre los extranjeros en general, y particularmente entre los hijos de Iberia y el pueblo mexicano, que á todos acoge con hospitalaria simpatía.

Ya ha transcurrido tiempo desde que la Colonia Española de la Capital descuella por su importancia; de manera que se hacía indispensable que sus miembros se congregasen en

un centro digno de su riqueza é ilustración. Tal necesidad ha venido á satisfacerse en la forma más cumplida, con la erección del magnífico edificio levantado en la calle del Espíritu Santo. Consagrado á Casino, en el que se agrupasen los miembros de la colonia más rica con que se enorgullece la metrópoli, este soberbio palacio es una muestra más de la esplendidez con que proceden siempre los hidalgos hijos de la antigua Hesperia. Alrededor de medio millón de pesos se invirtieron en la construcción; pero basta contemplarla para juzgar que no fueron malgastados. La piedra de cantería, el mármol italiano, las ricas maderas, el mosaico y los tecalis, fueron los materiales de la obra. El buen gusto y la suntuosidad se manifiestan combinados, en forma que revela la competencia del arquitecto, señor Don Emilio González del Campo. El estilo es acabado modelo Renacimiento Español.



CASINO ESPAÑOL. MÉXICO.

Cuando se ha contemplado la blanca fachada de cantería del Casino Español, aquella artística serie de columnas que adornan el segundo cuerpo, el gran cornisamento superior, los escudos que decoran los entrepaños que separan las ventanas y el simbólico frontón, es preciso penetrar al palacio, á recrearse en sus bellezas.

Admírase primero, el gran patio, que es un verdadero dechado de arquitectura. Pilastras de orden dórico, combinadas con gallardas columnas corintias, sostienen el desarrollo de los arcos, aéreos y ligeros en el segundo cuerpo, donde siguen dibujo morisco.

Están atrayendo nuestros ojos los mil detalles artísticos, los festones graciosos, la corona española esculpida sobre cada arco, los hermosos arbotantes de hierro forjado; pero la monumental escalinata nos obliga á dejar por un momento, para verlos más tarde, todos

aquellos adornos. El exquisito mármol es de procedencia italiana, la balaustrada de la escalera, de hermosa cantería clarísima, que forma un juego irreprochable. Sostienen esta escalinata hermosas columnas suntuosamente agrupadas, y en el muro del fondo se admira la soberbia águila bicéfala, del escudo de la casa de Austria, trabajado en relieve. El gran salón de recepciones es de una suntuosidad deslumbradora; las pilastras y columnas corintias se volvieron á combinar aquí con los arcos de carácter morisco. El espacioso recinto está decorado con escudos y figuras ricamente doradas. El artesón sugiere á la fantasía la esplendidez de los artesonados techos de los palacios españoles, y en los cuatro ángulos de tan rica techumbre, pintado con brillantes colores, el escudo real de España ostenta la arrogancia de sus torres y sus leones.